

JOSE M.^a CORDERO TORRES

**UN VACIO ORGANICO REGIONAL:
EL MEDITERRANEO**

Anales de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, núm. 51, II de 1974

Un vacío orgánico regional: El Mediterráneo

por el Académico de número

Excmo. Sr. D. JOSÉ M.^a CORDERO TORRES (*)

I

Nos ha sorprendido el contraste entre las Conferencias de Helsinki (de la que salió un Acuerdo contra la contaminación del Báltico) y de Ginebra (que persiguiendo otros fines, va resultando mucho menos fructífera). Nos lleva a pensar, si sobre la *región* mediterránea, pesará algún hado maléfico, que impida en su ámbito, lo que ya tienen otros océanos y mares: un instrumento propio de coordinación internacional para el tratamiento de sus problemas. Pues los encontramos no solo en el Atlántico (OTAN, CDSEA, etc.) el Pacífico (ANZUS, OTASE) y el Indico (CENTO, COLOMBO) sino en mares menores, como el mismo Caribe (CARIFTA). La excepción es significativa, y con su prolongación, el estrago es mayor.

El Mediterráneo es un área geográfica siempre animada, y con rasgos propios, aunque, como veremos su vida sólo en parte es propia, y tradicionalmente resuena en las relaciones internacionales. En las que acusa intranquilizadora hipertrofia, en tiempos de tensión o crisis. Así sucedió en la II Gran Guerra y en la de Palestina-Sinaí. Su “nerviosidad” registra una conocida agudización, con fases variantes, a lo largo de la “guerra fría”. Con una triste paradoja: cuando se produce

(*) Disertación en Junta del martes 30 de abril de 1974.

un *relax* o mejoría internacional en otros problemas (Indochina, Caribe, Centroeuropa) ello repercute desfavorablemente en la paz del que fue *Mare Nostrum*. Sin necesidad de traer a colación —y menos de tomar partido— las viejas teorías “globalistas” sobre si el futuro humano tendrá raíz naval (Mahan), terrestre (MacKinder), o aéreo (Dohuet), el Mediterráneo participa de todos los problemas que afectan a la paz, comenzando por los declaradamente navales. Incluso las mejorías aparentes en ciertos períodos de algunos de sus problemas —por ejemplo la prevista reapertura del Canal de Suez— repercuten complejamente en el desarrollo de su conjunto, y raro es, si al final no surge un nuevo motivo de fricción o tensión en su área. Por de pronto ésta alberga —en su extremo este— a esa gran pugna, que ni el “genio” de Kissinger, ni las presiones de los Grandes han solucionado.

II

Y España es un país mediterráneo: en su vida influye cuanto acontece o se gesta en aquél. Los 492.463 Km². de superficie peninsular hispana (497.477 con Baleares y 504.750 con Canarias) cuentan con 1.663 Km. de costa mediterránea, frente a 1.485 atlántica (con Portugal serían 2.326): 156 Km. de superficie por uno de costa; lógicamente debería poseer una definida política mediterránea (como en el siglo XVI: lucha contra el Turco); aunque fuera modesta como en 1907 (*statuquo pacífico*). Y sin embargo, leyenda y realidades nos lo muestran como país pasivo o poco marinerio, olvidando que entre el 80 y el 90 por % de su tráfico externo según los momentos— es marítimo. Y por desviación como débilmente mediterráneo; no ha mucho se retiró de la orilla norte de Marruecos. A pesar de ello está polarizando sus aglomeraciones urbanas y sus instalaciones industriales en las costas -vaciando su interior con meros oasis como Madrid— y con ello liga el futuro de ese Mar a sus actividades, y su empuje industrial, con descuido en buscar la adecuada protección contra las flotas y otros medios de ataque actuantes, de otros países en el Mediterráneo. Porque España cuenta con más de 4 millones de tonelaje mercante y entre sus elementos en auge —hasta recientísimos asaltos— figura el pesquero. Pero tiene prometedoras y comprometidas sus nacientes chimeneas en el Campo de Gibraltar (como en el Bidasoa) y en otros lugares costeros. En cuanto a las islas Canarias y Baleares son españolas por los “milagros” de 1797 y 1802-1939. Y en cuanto

a los dos municipios sitos en la orilla sur del Mar —Ceuta y Melilla— hay otra suerte de milagro, que los españoles ni siquiera perciben. Peligrosamente superviviente ante el futuro. Los enterados lo saben.

III

España —no como mal único, sino como eco de otros males, algunos mejorados y otros agravados en los últimos tiempos ha aceptado con cierta resignación un tópico de origen extranjero, que la invita a enclaustrarse. El “antimarínismo” español —del que hay un demoledor eco en el ensayo de Busquets— procede de la mezcla de aquellas leyendas con factores que son superables. Así la centralización burocrática lejos del mar, más la desatención, en sí y comparativa, de los problemas navales. En su reciente y discutida obra histórica el apasionado Tamames reconoce que la Marina Militar “cuesta” 8.865 millones (1.536 en “bienes o servicios” y 1.419 en “inversiones reales”). Cifras ridículas dentro del general *boom* presupuestario y de valores, y aún en parangón con los de países menores y más pobres: si Andorra o Liechtenstein fueran países marítimos, gastarían más en sus flotas de guerra, como por comparación lo hacen Grecia y Siria. La verdad es que no tenemos incapacidad ni falta de vocación navales. Sino descuido, regusto por lo minúsculo, interior o personal, falta de continuidad (que denota la de programas), y una rechazable reacción negativa cada vez que sufrimos algún golpe, como todos los países en su Historia: entre nosotros anotamos los de 1805 y 1898. Hay un oscurecimiento de nuestros valores navales —el lirismo no los aclara— frente a la tenacidad y el sacrificio de los países que merced a ello se han hecho talasocracias, mayores o menores. Mantenemos un difícil juego ponderativo entre tres “orientaciones”; la europea —en pésimo momento— la americana —en pugna con hegemonías insuperables— y la africana —en triste declive— pero siempre lo naval aparece primordialmente, y en dos de aquellas lo mediterráneo también. Esta nos induce a reflexionar, que desde Requesens y Ensenada, a personajes más modernos —alguno tan alejado del mar como Costa— se han venido predicando fórmulas sin gran resultado práctico. Lo que no puede desanimarnos, pues hay imperativos nacionales y correcciones de conducta indispensables para “vivir”. Así la constancia y la claridad de objetivos; dedicar más medios al Mar; no caer ingenuamente ante promesas sin garantía, a remolque de intereses ajenos etc. Entonces la ventaja geofísica de

“coporteros” del Estrecho no se seguirá substituyendo por esa “gibraltarización” silenciosa pero visible, neutralizante de España, bastante aislada exteriormente en su conjunto, lo que no le impide los compromisos y riesgos desiguales. En general no podemos navegar capeando temporales que no pueden “estabilizarse”; porque cualquier súbita agravación —con sus directas repercusiones— quedan en manos ajenas, dentro del proceso de “aceleración de la historia” antítesis de cualquier pasividad del país que sea.

IV

Evitemos la repetición de datos archiconocidos, fijando nuestra atención en verdades, que pese a estar en las mentes de todos, parece que se esfuman cuando llega el momento de deducir las consecuencias *activas y operantes* que su peso impone.

El Mundo mediterráneo es muy complejo; por ello sin perder de vista sus rasgos interdependientes, la atención española ha de centrarse en su parte occidental, la que más directamente nos toca; más o menos hasta el meridiano ideal al este de Mahón, área donde se han fijado límites submarinos con Italia, vistos con malhumor desde un cercano país. En conjunto el Mundo mediterráneo resulta desconcertante y anómalo: por la confluencia de culturas e intereses europeos, africanos y asiáticos que son más ruidosos en sus divergencias que en sus convergencias. Por tener apéndices con vida propia; y pensamos más que en el Adriático o el Jónico, en el Negro, que “mediterraneiza” a un coloso antioccidental y eurasiático, al revés de lo que sucede a sus oponentes, que son mediterráneos por mera concesión (EE. UU.) o por implantación violenta (Inglaterra). Mundo rico en Historia y no escaso en aglomeraciones; pero pobre en materias primas: hasta el desierto se le asoma al sur; y parco en desarrollo industrial. Más aún: la estabilidad falta en muchos de sus ribereños, notoriamente enfeudados a pueblos alejados. Si se cerrara —lo que técnicamente es posible— moriría en plazo históricamente breve. No tiene la precisa coordinación preservativa, y sabe que la simple —y por ahora utópica— coalición de sus países, nunca decidirá la Historia, trazada por otros poderes foráneos. Es eco de la tensión entre el Este (sea moscovita, yugoslavo, o chino-albanés). el Oeste (sea coaligado en la OTAN, o ande remolcado como en el caso de España), y el “Tercer Mundo” (generalmente árabe) que es más bien antioccidental. Recordemos: ninguna tormenta local

—como la árabe-israelí— si no se inicia se agranda desde fuera. Ello admitiendo la coexistencia de mil tormentillas enquistadas (Gibraltar, ciudades españolas en la costa marroquí, veleidades libio-maltenses, recelos sobre Trieste, aspiraciones de albaneses y búlgaros, irritación grecoturca, temor a Israel —en Líbano también a Siria—, querellas “fraternas” —latinas o mogrebinas), etc. Consecuencia: en este Mar, llenando el hueco de lo propio, se asoman mandos y sectores de la OTAN, prolongables con países “utilizados” (como España), y los del Pacto de Varsovia y de la Liga Árabe. Incluso teóricamente, de la rudimentaria y explosiva OUA. A él llegan en lo económico la CEE y el COMECON (liquidada la EFTA) y por supuesto la OPEC. Todo lo que sea foráneo, concurrente, y antagónico; nada de lo propio, lógico y armónico: como un sistema u organización mediterráneos, aunque empieza por un modesto Pacto declarativo, que podría ir luego dando mayores frutos. Una situación así, debe desesperar a cualquier mediterráneo consciente; más muchos parecen “acomodados” con el panorama descrito, atentos a sus fugaces o rápidos beneficios, y sin calcular los ulteriores males que les aportará.

V

La lista de los denunciadore de esta anomalía, desde 1945, es larguísima, heterogénea y sorprendente. Recordemos a los españoles Nieto, Artajo y Castiella, que en 1968 le dio estado diplomático. A los galos De Gaulle, Couve de Murville, Debré y Gaillard. Al itálico Fanfani. Al maltés Dom Mintoff. A los árabes Bumedian, Buteflika, Burguiba, Masmudi, y Sadat. Al eslavo Tito. Al heleno Papagos. Y al turco Menememyoglu, que fue el primero cronológicamente en pronunciarse. Hubo hasta un sudafricano, Verwoerd, que inició un periplo con la idea de promover un pacto mediterráneo cortado de raíz en su primera escala —Londres— por una inoportuna gripe. Y es que este pacto no conviene a los anglosajones. No es excepción el vago discurso de Nixon en Guam, en contraste con el explícito de Chu-en-Lai ante Don Mintoff. Vagamente se opusieron Sotgiu y Richardson (dos jerarquías otanianas) y claramente Sikes, Moore y Dean. Hay opiniones en una tercera vía. Los distinguos de Podgorny, con su “plan mediterráneo”, de Rusk, y de Breznev, nos dejan dudosos. Pero la gran prensa heredera del “amarillismo” del 98 (*N. Y. Times*, *C. S. Monitor*, *W. Post* y quizás el *Economist*) es antimediterránea; algunas voces afi-

nan más: Whitaker es antiespañol y antimediterráneo, de modo simultáneo. En general los anglosajones —que se saben en precario— parece que no quieren que se organice el Mediterráneo.

VI

Para mayor complejidad no todos los “mediterraneistas” persiguen iguales objetivos: a) unos preconizan un simple o largo Pacto, de fines generalmente variados, como la iniciativa turca de 1951. b) Otros solo una cooperación económico-social que no sería despreciable y que pudiera llegar a ser estratégica (Gaillard): sin desconocer el riesgo de choque con la OTAN y la CEE. c) Otros solo piden la llamada “desnuclearización” (nota de Dobrinin en 1963). d) Variedad de la anterior: la retirada de las flotas foráneas; con distingos de detalle, pues no era igual la propuesta de Castiella de 1968 que la de Breznev de 1971. e) Y no faltan las que —como el caso de España— añaden también puntualizaciones sobre extremos “menores” pero vitales. Así el paso “inocente” por los Estrechos y litorales según los Convenios de 1958-60; la suerte de los depósitos y de las bases menos inocentes, etcétera. De todos modos a falta de previsiones pactadas de antemano —como el Convenio de Montreux de 1936 para los Estrechos turcos— las flotas que “salieran” quedarían cerca: en Lisboa, (si es que no en Rota) y en Odesa (suponiendo que no en Split o Varna); de suerte que la *détente* no quedaría tan aproximada a la *evacuación* que es la idealmente deseable. Sin olvidar los compromisos de algunos (como Italia). Ni que las ilusiones chocan con las realidades: Inglaterra no se irá, *si no se la estimula*, lo que nadie hace; Washington no abandonará a Israel, ni Moscú a sus clientes. Todos defienden sus ventajas, aunque sean tan modestas como las que solo la Geografía impone —caso español— y ello con carácter defensivo. Por algo en las dos Conferencias de Seguridad Europeas, destacó la resistencia de ciertos “Grandes” a extender al Mediterráneo, los acuerdos que se concertaran sobre Europa Central o continental.

VII

Sobre las anteriores realidades conviene señalar ciertas derivaciones concretas, muy incrustadas en el presente: 1.^a) La *otanización* y la *varsovianización*, que son malas para los países peor situados diplo-

máticamente, o peor tratados, como España. 2.^a) La crisis entre EE.UU. y Europa, que no es pura contingencia (dificultades de Nixon, Ford, etc.), sino el reflejo de realidades consolidadas internacionales (endeudamiento excesivo fiscal, recesión económica amenazante, iniciativa inevitables de los europeos, Francia en cabeza). 3.^a) Esa crisis, sin llegar a una improbable ruptura o a un aislacionismo total, no se remediará fácilmente ni del todo “volviendo al pasado”. 4.^a) El simple alejamiento estadounidense provocará automáticamente una aproximación —desigual e impositiva donde pueda— de la URSS, y uno de sus escenarios sería el Mediterráneo, ya bastante “tanteado”, con rápidos ecos entre los no alineados y reblandecimientos en muchos occidentalistas. 5.^a) Aunque los europeos obraran más por su cuenta, inclusive en el Mediterráneo, no se ve que al menos de arranque lo hagan con el preciso grado de armonía: habrá frialdades y “alejamientos” (Benelux, Escandinavia, Alemania), expeditivos egoísmos de los subgrandes —Inglaterra y Francia— y “flotaciones”, deseando que entre ellas no esté la española. 6.^a) Además la apertura de Suez —insistimos— provocará en este panorama efectos contradictorios, incluidos los de reavivación de pasadas crisis. 7.^a) Ante tal perspectiva, los países más fuertes o decididos, se dedican, no a simples recuentos o pruebas, sino a propagandas prácticas con vistas a la recluta de los vacilantes; exhibiendo lo que les conviene, sondeando lo que necesiten, ofreciendo sin excesiva intención compromisoria, y pidiendo en cambio con realismo calculado, pleno de propósitos de verificación rápida. 8.^a) Si lo que piden (posible supuesto en casos de países a la deriva) son aportaciones pasivas, como las geográficas (las de la posición) a manipular por los peticionarios, la cuestión resulta delicada, según enseña la experiencia. Téngase en cuenta que Francia —por ejemplo— no puede pedir ni al Magrib ni a Italia, lo mismo que hace quince años; y quizás pudiera, por ejemplo, buscar un *ersatz* en España; cuya historia colorean unos elocuentes “Pactos de Familia”; unas desastrosas intervenciones (1808, 1824, 1936) y unas poco satisfactorias coempresas (1863, 1925). 9.^a) Todo lo cual no conduce a afirmar en un rechazo *a priori* de cualquier sugestión; pero sí a extremar el cuidado en su valoración; descartando por supuesto que nadie pretenda simultanear políticas contradictorias (hostil en Rabat y Biárritz, melosa en Madrid o Mahón). Ya hemos experimentado a la vez el “pensar juntos” en Madrid o Londres y el “obrar enfrentados” en el Peñón y vecindades. 10.^a) En definitiva en el Mediterráneo, no es un tópico el de “obrar o ser manipulado”.

VIII

Pero hay otros casos. En el caso de cualquier apelación a la colaboración española en el Mediterráneo, parece imposible olvidar la exclusión española en escenarios que se proyectan *sobre* el Mediterráneo. Pensamos en el Mercado Común y la OTAN; no como metas inmediatas —que serían verdaderos saltos sobre el abismo— sino como primeras escalas de un proceso graduado, del que no se puede prescindir mucho más tiempo. Hay que pensar también en la repercusión de cualquier oferta, y lo que supondría, sobre otros nexos preexistentes. Por ejemplo, en el caso de España, son notorios los estadounidenses (1953-70) llamados a forzosa revisión por cambio de circunstancias sustanciales, e incluso por iniciativa de la parte hasta ahora más beneficiaria (la más fuerte). Hay que intentar pues que a los intereses extraños, se agreguen en la zona colaborativa los propios —Gibraltar, Ceuta, etc.— Quizás si España participara en una colaboración *plurilateral*, y no solo *bilateral*, su posición fuera más flexible o diluida, y aunque complicada, con menor riesgo de desliz hacia la subordinación. Además si la colaboración tuviera muchos objetivos —sistema del tratado yanqui de 1970— podría disimular el objetivo principal, y ello puede resultar, manejándolo con habilidad, útil. Incluyendo la hipótesis de que aportara reales mejorías sobre un Gibraltar, al menos compartido y no como hoy hostilmente vedado, como está el Peñón, con “bloqueo” (?) o sin él. Y si las amistades españolas, reputan *tabú* al Peñón actual, habrá que mejorarlas.

IX

Nuestras conclusiones son que hay verdades tan naturales que fluyen por sí: A) es mejor un enlace aceptable que el aislamiento de secuencias incalculables; B) es mejor cualquier sistema o pacto mediterráneo que remedie problemas o males, aunque no a todos, que el anárquico *status* presente, injusto castigo de los débiles e indecisos; C) sería válido un arreglo para el Mediterráneo Occidental, visto el enquistamiento del problema árabe-israelí; incluso sin la total colaboración inicial de todos ribereños magrebies; D) son precisas como nunca las iniciativas españolas, y funesta la idea de prolongar la conducta de esperar a las ajenas; E) es urgente realizar los preparativos a nuestro alcance (contactos, datos, obras, refuerzos, arreglos concretos, defensas

concretas); F) entre aquellas iniciativas, útiles o utilizables, podría reconsiderarse la oportunidad de un sondeo múltiple, cerca de muchas cancillerías mediterráneas, sin distinción de colores, en orden a la convocatoria de una Conferencia Mediterránea, que sin agenda demasiado rígida o cerrada, pusiera en movimiento el presente pletórico de calma anárquica y superficial.

X

Y ahora que cada cual piense, por sí, en cuanto queda sumariamente enunciado, sin agotar el tema. No estamos en el clásico 1907. Sino en el tormentoso 1974.

